

fectible de la verdad, como dice el Angélico Doctor, sus asuntos poéticos no se perciben por la razón,» ha sido elevada á un grado de esplendor que más allá juzgo que no será posible á la inteligencia humana desarrollar sus pensamientos con tanta magestad y mejor galanura de estilo en sus representaciones y vuelos artísticos; porque los poetas, inspirados en las enseñanzas cristianas, además de conservar la unidad en la exposición de los asuntos, el decoro en el lenguaje, en las cosas, y en la manifestación de las costumbres de cada edad, sus ficciones siempre son juiciosas y verosímiles: la moral más pura, que es como el alma y el mejor y más elegante ornato de los poemas, descollando en sus contemplaciones, sus amores y sus obras sobre todas las otras bellezas, pone de relieve la belleza tal como se refleja del rostro de Dios en el fondo del alma humana, y aquilata de tal manera todos sus trabajos poéticos que, al decir de un eminente publicista, Adam de San Víctor, el poeta más esclarecido de la Edad media, vale por sí solo tanto como muchos poetas de la Edad de Augusto. Los poemitas de San Buenaventura, que el célebre Gerson quiso que entrasen en el número de los libros clásicos de la juventud, como los más propios para elevar y espiritualizar las almas, ¿no respiran una verdadera y deliciosa poesía? ¿No se hallan en el mismo caso los himnos y prosas de Santo Tomás de Aquino? En merecida alabanza suya el gran poeta Santenil, admirado de tanta magnificencia, ha dicho justamente: "Daría todas mis poesías por esta estrofa del Poeta Angélico,

Se nascens dedit socium,
convescens in edulium,
se moriens in pretium,
se regnans dat in premiun."

Además, ¿quién ha cantado el nacimiento tem-

poral del Verbo Eterno como lo ha hecho San Ambrosio, y las grandezas de la Cruz, como el poeta Fortunato? ¿De dónde ha sacado el poeta teológico, Dante Alighieri, la grandeza de su Divina Comedia, sino estudiando las incomparables doctrinas del Príncipe de los Doctores Escolásticos? ¿Qué otra cosa son las bellezas que más se admiran y encantan en Racine sino bellezas cristianas tomadas de la Biblia? ¿qué otra cosa los trozos más admirables de la Jerusalem libertada sino agradables reflejos del pensamiento cristiano? ¿qué otra cosa los rasgos más brillantes de la Henriada sino la prueba más contundente de la influencia que la idea religiosa ejerciera en el corazón depravado de Voltaire, cuyos vanos esfuerzos se dirigian siempre á destruir lo maravilloso del cristianismo? Qué otra cosa significan todas esas grandezas cantadas por tantos poetas cristianos sino que "la religión cristiana, como asegura Chateaubriand, es más favorable que el paganismo para desplegar los caracteres y para mover las pasiones, con la dignidad que corresponde á la Epopeya, de tal manera que su maravilloso podría tal vez competir con lo maravilloso tomado de la Mitología?" Pero nó, señores, aun á esta sobresale el cristianismo, no tan solo porque la Mitología lejos de hermohear á la naturaleza destruye sus hechizos, lejos de engrandecerla la achica y destierra la verdad, origen y fundamento no solo de la belleza física, sino también de la belleza moral, tan indispensable en todo aquello que lleva por objeto la ilustración del entendimiento y complacencia de los sentidos; sino también porque, siendo en gran parte ignoradas de toda la antigüedad las descripciones, la esfera de las imágenes poéticas es más estrecha entre los poetas gentiles, más limitados los horizontes, y tan pálido todo el conjunto de sus creaciones literarias, que ciertamente no pue-

de ni compararse con **las** magníficas epopeyas desarrolladas bajo la **influencia** del cristianismo, cuyo espíritu ha sido siempre ennoblecer y agrandar las obras de la naturaleza y del arte.

¡Oh cuánta excelencia! Ciertamente no tendríamos que lamentar el funesto relajamiento de costumbres que de algunos años á esta parte ha invadido la porción más noble de la sociedad, ni veríamos con profundo dolor el repugnante y lastimoso papel, que con grande desdoro de la civilización desempeña un crecido número de jóvenes y aun niños en la grandiosa Comedia de la vida humana, si los hombres á quienes la naturaleza dotara de genio, al expresar sus pensamientos, bajo las bellas y seductoras formas de la poesía, no se hubieran separado de la enseñanza del cristianismo, tan superiores á todas las disciplinas puramente humanas y de tanta trascendencia en todos los negocios de este mundo, que sin su aplicación y plantamiento todo sería tinieblas y desdichas por más que pretendan contradecirlo con sofismas los enemigos de la verdad.

Acaso muchas personas podrán creer exageradas mis palabras, porque siempre han encontrado defensores los extravíos de la razón; mas no por eso dejará de ser cierto que los poetas gentiles y con ellos sus serviles imitadores, olvidándose de que la poesía en su origen fué consagrada á celebrar las alabanzas de la Divinidad, han hecho de ella un semillero de corrupción, porque "no consistiendo el talento de los poetas más que en imitar y mentir, como dice Platón, su lectura no produce otro resultado que corromper el espíritu y el corazón de los ciudadanos en tanto grado que las ventajas literarias de semejantes lecturas jamás habrían podido contrabalancear los males que causan," puesto que como enseña Origenes, "no valiendo nada bajo el

punto de vista de la religión y de las costumbres, no hacen otra cosa en sus poemas que ofrecer á sus lectores venenos terribles en copas doradas," y «administrarles el alimento de los demonios, dice San Gerónimo, dejándolos siempre con hambre de la Verdad y de la refección de la justicia, porquelo que tales alimentos usan, viven y mueren con hambre de Verdad y en la abstinencia de toda virtud.»

¡Oh! «si la literatura del gran siglo, dice Victor Hugo, hubiese invocado al cristianismo, en vez de adorar á los dioses paganos; si sus poetas hubieran sido lo que eran los de los tiempos primitivos. Sacerdotes que cantaban las grandezas de su religión y de su patria, el triunfo de las doctrinas sofisticas del siglo último hubiera sido mucho más difícil, tal vez imposible.» Pero nó, señores, muchos literatos, muchos de nuestros poetas inspirándose en las enseñanzas altamente perjudiciales y nocivas de los paganos, con menosprecio de la santa Escritura, manantial divino que produce la elevación de pensamientos, la viveza de imágenes y la nobleza de las expresiones, han inoculado con sus versos, evidentemente obscenos los más y en su mayor parte fabulosos, el veneno en las clases sociales; han minado los sentimientos de moralidad y religión que la misma naturaleza se encargara de infundir en el corazón humano; han cortado las alas al genio impulsado por el cristianismo cuya superioridad sobrepuja á la multitud de sistemas que se disputan el imperio de las inteligencias, y cuya influencia en el desarrollo y grandeza del verso, que es el lenguaje más elevado y más noble del hombre, no reconociendo igual sobre la tierra, nadie podrá justamente desmentir; han trastornado, por decirlo así, el entendimiento humano y producido un cambio de ideas tan elevado y universal, que ciertamente ninguna de tantas y tan variadas producciones del in-

genio podrá llevarse los honores del triunfo, si en ellas, además de hermanarse lo útil con lo agradable, no resplandece la verdad y refinamiento moral, que es la fuente de la belleza artística.

Amados jóvenes, cuando en mis horas de estudio se me ha presentado la ocasión de contemplar, aunque de paso, las incomparables bellezas de la Musa Cristiana, no puedo menos que lamentar la inconsecuencia de muchos poetas de nuestra época, al parecer cristianos, que sin hacer alto en los gravísimos males que han causado en todo tiempo los poemas de la gentilidad, reputándolos como los mejores modelos de bella literatura, se juzgan muy honrados calcando sus composiciones sobre esos engendros monstruosos de la razón humana, justamente prohibidos por el genio más grande de la Poesía contemporánea, el inmortal Leon XIII; sin atender á que, procediendo de esta manera incorrecta, contribuyen maliciosa ó inconscientemente con su talento al desquiciamiento moral de las sociedades modernas, y secan con las formas más ó menos aparatosas de sus versos, impregnados del espíritu pagano, el gérmen de toda cultura científica, de toda disciplina liberal y de toda civilización. depositado en los fecundos senos de la mente humana por el espíritu cristiano. á cuyo soplo las bellas letras y las bellas artes han llegado á su mayor altura y perfección.

No hacen bien, y por eso vosotros, nacientes obreros de la ilustración y perfeccionamiento de las futuras generaciones, no os dejéis alucinar con los oropeles y ficticias bellezas en que abundan los mejores poemas de los vates más celebrados de la antigüedad, al expresar vuestros pensamientos, ora en el mármol, ora en el lienzo, ora en el tiempo. No frustréis con vuestro lenguaje indecoroso y deslustrado las risueñas esperanzas que se prometen

de vuestro aprendizaje sólido y eminentemente religioso, los maestros que con mano diestra os conducen por los caminos de la verdad á la realización de la belleza anhelosamente buscada en todos los siglos y realizada tan solo por el arte cristiano. No os hagáis solidarios de la ruina y universal desmoralización causada por los literatos y malos poetas, imitándolos hasta en su exagerado realismo y cuadros voluptuosos. «En los poetas cristianos denominados comunmente bárbaros, encontrareis modelos tan acabados de bella literatura y de Poesía que sin duda sostienen el parangón con las más bellas odas de los llamados clásicos, si nó por la elegante pureza de la lengua, de seguro por su empuje poético y por la profundidad del sentimiento.» C. C. Ep. 7 c. 22 Poet.

«Legendi et poetae nostrae pietatis, decía Luis Vivés, Prudentius, Prosper, Paulinus, Sedulius, Juvenecus et Avator, qui cum habeant res altísimas et humano ingenio salutare, non omnino sunt in rebus rudes et contemnendi. Multa habent quibus elegantia et venustate carminis certant cum antiquis: nonnulla quibus etiam eos vincant.» A estos cantores de la verdad y del santo entusiasmo cristiano, lo mismo que á Dámaso, á Ambrosio y á Gregorio, tomad por modelos de vuestros poemas y cantares, vosotros los que os considereis con vuestros suficientes para llegar á la inmortalidad por medio del arte de las imágenes y de los pensamientos verdaderamente maravillosos y sublimes. Sus obras se recomiendan por sus propias virtudes, son bellas con su propia belleza; y de suyo, á la vez que os comuniquen una instrucción sólida, resplandeciente y agradable, no causarán en vuestras almas apasionadas del verdadero saber, esa languidez y mortal desaliento que desgarran el corazón, cuando no se tiene plena conciencia de haber procedido en

todo conforme á las nobles exigencias de la moral y del bien sentir.

Obrando así la humanidad os será deudora de un beneficio inmenso: os considerará como ilustres mensajeros del bien y os coronará con corona inmortal de bendiciones y de amor.

HE DICHO.



DISCURSO

pronunciado por su autor el

Sr. Pbro. D. Secundino Briceño,

CATEDRÁTICO DE FILOSOFÍA,

en la solemne distribución de premios á los alumnos del Seminario Conciliar de León, la noche del día 27

de Agosto de 1897.

